

Resumen

¿Cómo describen los economistas españoles el papel de su profesión en la previsión y anuncio al público de la actual crisis económica? ¿Fallaron las previsiones, no se hicieron públicas o no se escucharon? Este artículo analiza las reflexiones recogidas al respecto en entrevistas en profundidad con analistas de coyuntura económica, y en grupos de discusión con economistas que ocupan puestos de nivel medio-alto en empresas y bancos.

Palabras clave: previsiones económicas, economistas, análisis de coyuntura.

Abstract

How do Spanish economists describe their role in predicting and announcing to the public the advent of the current economic crisis? Did they not predict the crisis, did they not publicize their predictions, or did these not deserve attention? This article analyzes their reflections on this topic, on the basis of in depth interviews with economic trend analysts and focus groups of economists with medium-high positions in firms and banks.

Key words: economic forecasts, economists, business cycle analysis.

JEL classification: A11, B40.

A LA MAÑANA SIGUIENTE: CONVERSACIONES CON ECONOMISTAS (*)

Berta ÁLVAREZ-MIRANDA

Universidad Complutense de Madrid y FUNCAS

I. ECONOMISTAS EN CRISIS

LOS economistas, como grupo profesional, se han enfrentado en los últimos años a su puesta en cuestión en el debate público americano y europeo, por la debilidad de sus voces a la hora de anticipar la actual crisis económica, y por la percibida falta de claridad y consenso a la hora de articular sus soluciones a la misma. En este trabajo investigo la percepción que estos profesionales tienen de su posición, responsabilidad y capacidad de respuesta en una sociedad, la española, preocupada por los efectos de una crisis económica profunda y prolongada. Mediante métodos cualitativos, basados en la conversación, como la entrevista en profundidad y el grupo de discusión, exploro la comprensión que de su situación tienen tanto los economistas que denominaré «analistas», esto es, los profesionales dedicados al estudio de los diversos aspectos de la coyuntura económica en sentido macro, como los «practicantes», los que aplican día a día sus conocimientos económicos en las empresas y las entidades financieras.

En los medios de comunicación y los foros académicos estadounidenses y europeos se viene discutiendo, al menos desde el año 2009, hasta qué punto se dio un déficit de previsión por parte de los economistas a mediados de la pasada década y por qué se dio. Para muchos líderes

de opinión, académicos y periodistas (y ciudadanos), el silencio de los expertos contrasta, visto en retrospectiva, con la clara evidencia del riesgo que entrañaban las burbujas inmobiliaria y financiera. Han proliferado a ambos lados del Atlántico, a menudo firmados por economistas de renombre internacional, pero también por periodistas especializados, títulos tan desafiantes como: *¿Por qué los economistas no previeron la crisis?* (Rajan, 2011), *La traición de los economistas* (Skidelski, 2009), *En cualquier caso, ¿para qué valen los economistas?* (Coy, 2009), *¿Deberíamos simplemente ignorar a los economistas?* (Brandly, 2009), *¿Por qué los economistas fracasaron a la hora de predecir la crisis financiera?* (Knowledge@Warton, 2009), *Adiós, homo economicus* (Kaletski, 2009), *La puesta en cuestión de un sacerdocio escarmentado* (Kahneman y Clift, 2009), *La crisis financiera y el fallo sistémico de la economía académica* (Colander et al., 2009), *Los economistas están desnudos* (Buchanan, 2009) o *Por qué los economistas deberían aprender aritmética* (Baker, 2009). En defensa de la profesión, no son pocos los economistas y periodistas que eligen títulos humildes para encabezar sus respuestas: *Castigados pero no doblegados* (Becker y Cassidy, 2009), *En defensa de una ciencia deprimente* (Lucas, 2009), *Una economía de la gente* (Shiller, 2011), o *Una disciplina intelectual «modesta»* (Saint-Paul, 2009).

Los economistas españoles entrevistados para este trabajo consideran este debate internacional bien relevante para España (1), y se prestan a contestar preguntas sobre si, en este país, la profesión alertó públicamente del riesgo de recesión, en particular a partir de la existencia de una creciente burbuja inmobiliaria. Responden también, por un lado, al porqué de la escasez de voces de alerta: ¿se debió más bien a la limitada capacidad de predicción de la ciencia económica y a sesgos en la profesión, o a su imbricación con intereses políticos y económicos? Por otro lado, explican por qué las señales de alerta que emitieron los analistas no fueron atendidas por los practicantes en su trabajo diario, ni por empresarios ni consumidores en general. Al hilo de esta conversación, evalúan la calidad del debate público español en el ámbito de la economía, en particular su confianza en los expertos (algunos de ellos actuando como tertulianos) y la capacidad de los medios de comunicación para tratar los temas económicos con rigor y pedagogía.

Los métodos de investigación de las actitudes de los economistas españoles aplicados en este trabajo están basados, simplemente, en el diálogo. La opinión de los denominados «analistas», que se dedican profesionalmente a describir y anticipar las tendencias coyunturales de la economía, se recogió mediante entrevista personal; la opinión de los «practicantes», que trabajan en puestos medio-altos en empresas y entidades financieras, se observaron a través de conversaciones en grupo o «grupos de discusión». En ambos tipos de encuentros las preguntas se plantearon de forma muy abierta, más bien a modo de sugerencias de problemas, discusiones u opiniones a

acordar o rebatir, para permitir que las respuestas reflejasen las preocupaciones de los entrevistados lo más espontáneamente posible. No pretendían estudiar al detalle los diagnósticos de la situación económica ni las recetas para afrontarla (2), sino más bien entender los órdenes de prioridad con que los economistas se los planteaban, los tonos más o menos pesimistas con que los describían, y su grado de compromiso personal o de distancia con ellos.

Este trabajo ofrece, por tanto, algo así como un relato en primera persona del papel de los economistas en la previsión y análisis de la crisis. Se apoya en la reflexividad de los propios protagonistas del proceso de diagnóstico y explicación del cambio de ciclo económico: trata de cómo ellos interpretan en el verano de 2011 (3), casi tres años después del punto de inflexión de las curvas de crecimiento del PIB, su función en este proceso. Explora su visión de las limitaciones de la ciencia que cultivan o practican, y de la profesión, esto es, qué sesgos producen sus procedimientos habituales de trabajo en la previsión, y su inserción en un contexto social y político complejo.

Este tipo de investigación cualitativa requiere, obviamente, un esfuerzo de participación activa y reflexión por parte de los entrevistados, que se extendió a lo largo de alrededor de una hora en el caso de las entrevistas personales y dos horas en el caso de los grupos. Si bien el tratamiento de las opiniones en este artículo es anónimo, se ofrecen en el anexo los nombres y afiliaciones de los analistas, y el sexo, edad y ocupación de los practicantes (4). Agradezco a todos ellos su amable disposición a «entrar en el

juego», y pido disculpas si la opinión de alguno de los participantes, en alguno de los aspectos tratados, se pierde en un tratamiento que busca sobre todo las opiniones más repetidas y compartidas.

Las limitaciones de los estudios cualitativos en ciencias sociales son bien conocidas. La principal de ellas tiene que ver con los posibles sesgos en la selección de los entrevistados. En el caso de los analistas, el punto de partida para establecer el contacto fue el Panel de Previsiones Económicas del que participa Funcas. Estudio así el discurso de expertos habituados a comparar sus opiniones, y a publicar tales comparaciones. Esto implica de por sí que cabe esperar que se muevan en un marco discursivo común, y compartan su perspectiva general sobre la economía y una definición similar de su labor como economistas. Los ocho miembros del Panel entrevistados fueron seleccionados por trabajar para instituciones de carácter diferente (empresa, entidad financiera, centro de estudios), tener historias de formación y desarrollo profesional diversas y enfoques diferentes (más o menos favorables a la intervención del Estado en la economía).

La selección de los participantes en los grupos de discusión se orientó por tres criterios. En primer lugar, se trataba de reunir economistas que trabajasen en puestos de responsabilidad media-alta en sus organizaciones. En segundo lugar, de que uno de los miembros de cada grupo se dedicase o hubiese dedicado recientemente a negocios inmobiliarios, un segundo a la construcción, y otros dos al sector financiero (banca o seguros). En tercer lugar, buscamos un equilibrio de género, de modo que sie-

te de los catorce participantes son mujeres. Así se pretendía asegurar la presencia de personas que hubiesen vivido los efectos de la crisis económica en los sectores más afectados, pero garantizar también la diversidad de las experiencias.

En conjunto este trabajo se apoya en veintidós entrevistas (véase listado en el anexo), un número reducido pero suficiente para explorar las preocupaciones, justificaciones y propuestas de los economistas españoles en torno a la crisis económica y, en particular, a su función en su previsión y explicación de la misma al país.

II. APENAS SE EMITIERON SEÑALES DE ALERTA

La cuestión de si los economistas tuvieron capacidad de previsión como para anticipar el cambio de ciclo ocurrido a finales de los años 2000, y para alertar a la sociedad del mismo, no les resulta ajena a los entrevistados para este trabajo. En general, aceptan el punto de partida de que hubo importantes fallos de previsión, y el reto de discutirlos. Aunque las reacciones de los analistas a esta pregunta están llenas de matices, podemos fundir sus voces en una y describir su respuesta como la combinación de una afirmación de responsabilidad individual («yo lo dije») y una negación de responsabilidad colectiva (pero, en conjunto, los economistas «lo hemos dicho poco»). Por su parte, los practicantes no niegan que hubiesen oído advertencias de los expertos, pero las recuerdan como escasas y vagas, y relatan la experiencia del cambio de ciclo en su sector como un acontecimiento de una intensidad imprevisible.

1. ¿Los economistas fracasaron en sus previsiones? ¿O no las hicieron públicas?

1.1. *Los analistas: «yo lo dije», pero «lo hemos dicho poco»*

¿Tendría sentido en España un debate público como el que tenía lugar en Estados Unidos en el año 2009, en que se acusaba a los economistas de no haber alertado sobre la inminencia de una crisis económica de gran magnitud, a pesar de la evidencia disponible? ¿Se oyeron en España voces de alerta? Con esta pregunta, formulada más extensa y detalladamente, comenzaron las ocho entrevistas a los analistas de coyuntura económica. Ninguno descartó tal debate por irrelevante; la mayoría se implicaron en la respuesta, comenzando por un «yo lo dije» y una fecha.

La fecha más temprana recogida entre las respuestas es 2002, en que uno de los analistas entrevistados cuenta que «publicamos un artículo sobre la burbuja inmobiliaria... me pasó un año defendiendo el artículo y cuatro preguntándome qué estaba mal, por qué no explotaba la burbuja». Otro comparte su estupor ante la persistencia de la burbuja: «En 2005 ya se veía venir la crisis. Lo que me sorprendió es que la burbuja inmobiliaria siguiera durante tanto tiempo. Llegas a dudar del tamaño de la burbuja». Dos afirman que anunciaron la fragilidad de la economía y la tensión en el sector inmobiliario ese año en prensa, y un quinto considera que «había síntomas claros de recalentamiento ya en 2006, por el exceso en el precio y el número de viviendas». La mayoría se consideran miembros de lo que uno de ellos denomina «la minoría heroica» que alertó sobre los riesgos del mercado inmobiliario,

liario, y que fue tratada «de anti-patriótica» por el gobierno en su táctica de negación de la crisis de aquel momento. Una minoría piensa más bien que «fuimos muchos los economistas que lo dijimos».

Sin embargo, resultaba imprevisible el agravamiento de la situación por su coincidencia con «la crisis del *subprime*, la mayoría de los agentes económicos no contaban con ella». Como relata uno de los entrevistados: «En el año 2007 esperábamos una desaceleración de la economía española, pero no esperábamos que coincidiera con un *crash* financiero y un hundimiento del comercio internacional. Nosotros teníamos un problema, pero lo que marca la intensidad de la crisis es el escenario internacional. Con unas economías avanzadas creciendo al 3 por 100, aunque hubiese habido crisis inmobiliaria, no habría subido el paro como subió». Según otro de los analistas, en cuanto a «la importancia del desequilibrio externo la profesión estaba más dividida, sobre si el déficit por cuenta corriente es importante o no en la Unión Monetaria. El déficit no puede financiarse si los inversores extranjeros ya no te financian. La discusión sobre la burbuja inmobiliaria comenzó ya en el año 2003, la discusión sobre el déficit de la balanza en 2005-2006. Se hablaba entonces mucho de los problemas nacionales pero muy poco de la burbuja financiera que podía estar ocurriendo a nivel internacional».

Los entrevistados tienden a describir sus alertas sobre el probable estallido de la burbuja inmobiliaria como voces solitarias en un ambiente más bien hostil. Pero mencionan otros nombres en respuesta a la pregunta «¿y quién más alertó?»: Robert Schi-

ller, Alan Greenspan, Raghuran Rajan, Stephen Rose, y los más repetidos, Nouriel Rubini y Paul Krugman. En el contexto nacional, aparecen en boca de los entrevistados Manuel Pizarro, Federico Prades, Miguel Sebastián y el Banco de España.

Conviene contextualizar la afirmación de «yo lo dije», como manifestación de responsabilidad individual, en el reconocimiento de una débil toma de posición en el debate público de los economistas como grupo profesional, ante la evidencia acumulada de los riesgos en el mercado inmobiliario. Avanzadas las entrevistas, la mayoría de los analistas se duelen de la escasa implicación de los economistas en el debate público en España. Tras el «yo lo dije» viene el «se dice con moderación», «lo hemos dicho poco» y el «nadie se moja». Y algo similar ocurre fuera del país: «No eran voces mayoritarias, ni en Estados Unidos ni en organizaciones internacionales, porque estas cosas se dicen con mucha prudencia».

Varios de los analistas entrevistados entienden que el público desconfía de la labor de los economistas porque no han sabido estar a la altura de las circunstancias. Uno de ellos considera que «los economistas están perdiendo credibilidad con el público porque no hemos sido capaces de prever las cosas y no las hemos sabido explicar. Hay pocos economistas que hablen de un modo que se les entienda». Otro afirma que «hay problemas de comunicación entre los expertos, los políticos y el público. Antes de la crisis no existía esa pedagogía y ya hemos visto el precio que hemos tenido que pagar».

Particularmente deficitaria les parece a varios de los entrevistados la labor de los economistas

académicos, que, según su criterio, deberían tener más independencia y más sentido de servicio público que quienes trabajan para empresas privadas o entidades financieras. Según uno de ellos, «el economista académico se ha mantenido fuera del debate (excepto FEDEA), nadie se moja. Opinan los economistas del Banco de España, Funcas, BBVA, pero no los economistas de la universidad, que hacen trabajos más teóricos y dan sus clases pero no están en el debate público». Más duras resultan las palabras siguientes: «La divulgación no parece parte del trabajo de un profesor de economía. Si escribes en la prensa estás hundido. La ignorancia del público en los temas económicos es culpa de los economistas, que no hemos dialogado con los mortales, con los políticos. La debilidad de la universidad es parte de la debilidad de la sociedad civil, la academia ha despreciado la economía aplicada».

Este fracaso colectivo reconocido en la mayoría de las entrevistas, a la hora de contribuir al debate público sobre la marcha de la economía española en un momento en que su curso estaba seriamente amenazado, no ha tenido costes importantes, no obstante, en cuanto a las oportunidades de los economistas en el mercado laboral. Uno de los analistas describe una situación irónica, en que los economistas han perdido prestigio social porque «no hemos sido capaces de prever las cosas», y sin embargo «en el entorno de las empresas es al contrario: hemos ganado atención, ya no sólo se habla del escenario base sino de qué puede pasar, qué puede salir mal, qué indicadores habría que vigilar». Otro ve este mismo contraste como una oportunidad de aprendizaje: «Nunca han tenido los

economistas tanto trabajo como ahora. Con la crisis se aprende, y los economistas tenemos muchas cosas que aprender. Hemos cometido errores de complacencia, con análisis no necesariamente agudos para haberlo evitado».

1.2. *Los practicantes: apenas oímos advertencias*

Las conversaciones de grupo comenzaron con una pregunta sobre cuándo los participantes tuvieron por primera vez la impresión de que se iniciaba un cambio de ciclo económico, en su empresa, en su sector, en su experiencia personal. La respuesta más compartida sitúa la primera percepción de la crisis a finales de 2007 o principios de 2008, pero algunos la adelantan hasta 2006 o la retrasan hasta principios de 2009. En la relación de señales de cambio que van elaborando en la conversación, dos de los participantes incluyen advertencias de otros. Uno las personaliza en un profesor del máster que estaba estudiando, otro dice más en general que «se hablaba mucho ya». Los demás, sin embargo, mencionan como primeros indicadores de crisis las oportunidades de empleo, el nivel de ventas en su sector, las restricciones en el acceso al crédito o la mayor cautela a la hora de concederlo, el recorte de plantillas, el aumento de la siniestralidad de los seguros. Y la fecha más temprana que se menciona es 2006, tres años posterior a la primera fecha en que los analistas afirman «haberlo dicho».

«J: Yo empecé a oír hablar de esto más o menos, yo creo que al principio de 2008, a finales de 2007, por el tema sobre todo de la burbuja inmobiliaria. Se hablaba mucho ya que se iba a pinchar, que era escandaloso cómo estaban de inflados los precios de la vivienda, que eso se tenía que

pinchar en algún momento. Y luego sobre todo, ya desde el punto de vista del banco [...]. Empezaban a llegar ya del departamento central de riesgos: "Oye, estas operaciones mirarlas con lupa, estamos ya muy concentrados y tal". Empezaban ya a dar órdenes desde arriba sobre todo en ese sector.

L: Yo estoy de acuerdo con él. O sea, yo como cliente sí empecé a notar, cuando en la empresa en la que estaba íbamos a renovar una póliza de crédito, que incrementaba la banca el control de la información que le entregabas para darte una operación [...]. Eso empieza a ser una señal de que no hay tanta ligereza en cuanto a dar dinero.

N: Yo en 2007. Yo ya empecé a notar en 2007 que los clientes no nos... O sea, ya empezaban, o sea, pedíamos los créditos y demás al banco y que los bancos poniendo pegos y que retrasos en los pagos y demás. Entonces en 2007 ya empecé a notar que no, que la cosa no iba bien [...] en el sector de la construcción.

K: Cuando empezó todo esto, yo trabajaba en seguros de créditos a la exportación y realmente, hace ya mucho, fue cuando empezó a aumentar la siniestralidad una barbaridad, sobre todo en exterior. Pero en ése, lo que es en el tema de seguros, al mismo tiempo que aumentaba la siniestralidad se contratan más [...].

M: Yo también lo fecho por ahí, yo recuerdo perfectamente en esta empresa a principios de 2008 una reunión así a nivel global en que se dejó claro que las condiciones cambiaban, el mercado cambiaba y había que prepararse en todos los sentidos, tanto a nivel de financiación, como a nivel de ofertas, como a nivel de *marketing* un poco ¿no?, todo en general. A principios de 2008, me acuerdo, que coincide por lo que veo.

N: Sí, más o menos.

H: En nuestro caso, empezamos a verlo incluso antes, en 2006, finales de 2006...

N: ¿Antes que nosotros todavía?

H: Sí, y eso que 2006 fue uno de nuestros mejores años [...] nosotros vivimos de los procesos de inversión de otras empresas, esos procesos de inversión se estaban paralizando, entonces incluso contratos marco que teníamos firmados no se llegaron a ejecutar a partir de 2007. Ya en 2008 fue el problema financiero, o sea, incluso nos pusieron una X, por ser empresa del sector [de la construcción] y no nos daban absolutamente nada».

Una vez relatadas las experiencias personales de los practicantes en cuanto al momento en que se hace patente un cambio de ciclo, tratan de responder a una pregunta más directa sobre si había sido para ellos una sorpresa o de alguna manera se lo esperaban, por haber oído o leído advertencias previas, haber mantenido conversaciones al respecto o haberse discutido en las empresas. Los participantes de uno de los grupos comparten la impresión de que «se sabía que algo iba a pasar, pero no qué». Para demostrar que no se contaba con un diagnóstico claro de la situación, uno de los participantes argumenta que si se hubieran anticipado las consecuencias que podía tener, alguien se habría beneficiado.

«K: No, yo estoy de acuerdo con él. O sea, sí que se comenta que algo va a pasar, pero realmente no se sabe qué va a pasar, o sea, que la burbuja inmobiliaria iba a reventar por algún lado todo el mundo lo sabía, pero las consecuencias que podía tener no, yo creo que no [...]. Nadie se lo creía. "¿Pero qué va a pasar?" Realmente anticiparse... todo el mundo sabía que algo iba a pasar, pero no qué.

L: Estoy de acuerdo. O sea, empresarios por ejemplo del mundo inmobiliario que vendieran su empresa en el minuto antes, me viene a la cabeza Manuel Jové, no sé si habrá alguno más así famoso, no sé. Vemos los sectores más tocados, vemos los princi-

pales que intervenían en cada uno, y ¿que se fueran un minuto antes?, contados con los dedos de una mano. Es decir, que ahora nadie puede decir: "Eso siempre lo ve la gente que está más informada" [...]. ¿Qué podíamos haber impedido en 2006? Pues solo lo que veíamos en el trimestre siguiente: ¿qué podíamos impedir en 2007? Lo que veíamos en el trimestre siguiente y así sucesivamente. Entonces nunca nadie, creo yo, que ha visto todo el... salvo alguna excepción por ahí contada [...].

M: Y el que lo ha visto ha salido favorecido ¿a que sí?

L: Pero ¿quién? Es que no se ve a nadie que haya salido indemne de la crisis, prácticamente».

En conjunto, así, las conversaciones de grupo arrojan la impresión de que las advertencias de los analistas tuvieron un papel limitado en el modo y el momento en que los practicantes cayeron en la cuenta del cambio de ciclo económico, por no haberlas percibido, pero también, como veremos por no haberlas escuchado o por no haber actuado en consecuencia.

2. ¿Por qué no se emitieron advertencias más numerosas o más claras?

Puestos a explicar por qué los economistas españoles no alzaron más voces o voces más audibles que alertasen de lo arriesgado de la situación económica del país desde mediados de los años 2000, la gran mayoría de los analistas participantes en este estudio prefirieron empezar su exposición desgranando las limitaciones de la ciencia económica a la hora de realizar previsiones, pero no negaron que la imbricación de la profesión con los grupos de interés económico y político restaron capacidad de análisis a sus miembros. Entre las

limitaciones de la ciencia económica, insuficiente para anticipar un cambio de ciclo, se detuvieron sobre todo a explicar la tendencia de los analistas a proyectar el pasado hacia el futuro. Subrayaron también el efecto gregario dominante en la profesión, que dificulta la expresión de opiniones discordantes, aunque reconocen una división de orientación entre los economistas financieros y los no financieros. Entre las limitaciones impuestas por la imbricación con intereses económicos, varios se plantearon si el analista que trabaja para una empresa o una entidad financiera puede o debe publicar previsiones contrarias a los intereses de la misma; entre las impuestas por intereses políticos, describieron un debate público en que la influencia del gobierno, los partidos y los grupos de presión acallan las opiniones no deseadas.

2.1. *Las limitaciones de la ciencia económica y las dinámicas de la profesión*

Aunque los analistas entrevistados tienen formaciones y experiencias profesionales diversas, todos coincidieron en dar gran importancia a la escasa capacidad de previsión de la ciencia económica para explicar por qué no se oyeron más voces, o voces más fuertes o más convincentes, que alertasen sobre las tensiones acumuladas en la economía española. En términos generales, recordaron en sus respuestas que la economía es una ciencia social, y que por mucho que se modelicen los comportamientos humanos nunca pueden llegar a preverse con exactitud. Más en particular, consideraron especialmente difícil anticipar un cambio de ciclo económico como el acaecido a partir de 2007.

Están de acuerdo los entrevistados en que la ruptura de la burbuja pudo preverse, pero no su momento en el tiempo. Dice uno de ellos: «Que la burbuja iba a explotar estaba claro, pero ¿cuándo? No sabemos cuándo la gente va a cambiar de comportamiento». Otro cita a «un economista famoso» para ilustrar esta idea: «Te puedo decir qué o cuándo va a pasar, pero no las dos cosas a la vez». De modo que, según un tercero, «las advertencias cualitativas estaban ahí, pero las previsiones tendenciales no, porque una ruptura de tendencia no se anticipa» (5). Y todo ello con un grado de seguridad relativo: «Todo lo que puedes llegar a decir es “esta es mi mejor predicción, pero puede que no se dé”».

Entre los motivos por los cuales resulta tan difícil prever un cambio de ciclo económico, según la mayoría de los entrevistados, ocupa un lugar destacado la tendencia de los analistas y de los practicantes a proyectar el pasado y el presente hacia el futuro. Uno de los entrevistados piensa que «las bofetadas que se dan los modelos econométricos» se deben en gran parte a que «una regresión lo que hace es proyectar el pasado hacia el futuro». Otro enmarca su afirmación en «la teoría de las expectativas irracionales», que permite entender que «la gente hace sus planes de futuro en función de lo que ya está ocurriendo en el presente. Si aumentan las ventas y hay financiación ilimitada me sigo arriesgando».

Este último considera esta incapacidad para incorporar el cambio en las previsiones el principal reto al pensamiento económico en la era de la globalización, que implica una aceleración del ritmo de cambio: «Al hombre siempre le ha gustado prever el

futuro, que es una mezcla de lo inevitable y lo imprevisible. Las previsiones se venden muy bien. Pero hay una tendencia en el ser humano a prolongar el pasado, los economistas estamos conduciendo un coche mirando el retrovisor. Ahora, con la globalización, se ha producido una aceleración del ritmo de cambio y es más difícil prever los eventos». Propone una ciencia económica que combine los avances en la matematización realizados desde los años sesenta con una comprensión más profunda de la historia y de la influencia de las instituciones en la marcha de la economía.

La siguiente cita resume este argumento, sumándole reservas hacia la calidad de los datos oficiales utilizados en las previsiones:

«Las previsiones no se cumplen porque se hacen para que no se cumplan, sirven para provocar decisiones que eviten que se cumplan las malas previsiones. Pero si nos referimos a modelos estrictos, macro, sí que hay un problema de insuficiencia de la ciencia porque no son más que proyecciones de tendencias pasadas, nunca van a anticipar cambios drásticos, cambios de régimen. Pero hay otras técnicas distintas de los modelos econométricos que sí permiten entender los ciclos: el sentido común, el análisis económico, entender la historia, entender los números, prestar atención a lo que dicen los agentes políticos. Hay un elemento de arte, de juicio de valor, de ciencia social. La econometría está modelizando comportamientos humanos, luego ningún cálculo estrictamente cuantitativo puede acertar. Además los datos que se utilizan son estimaciones, a menudo, que se estiman según los intereses de la institución».

En el presente, la fijación con el pasado impide a los economistas prever cambios futuros; pero además, en el futuro, su corta

memoria les impedirá aplicar las lecciones extraídas de los errores pasados. Esta es al menos la preocupación de uno de los analistas: «Con un ciclo tan largo puede haber *misperception* porque hay gente que toda su vida laboral se ha desarrollado dentro del ciclo expansivo, y por tanto tienden a infravalorar el riesgo [...]. Cada generación aprende de sus propios errores pero sus hijos no tienen esa experiencia. Valga el ejemplo de la recesión inmobiliaria que ocurre cada veinte años. Lo mismo le ocurrirá a la próxima generación de economistas».

La tendencia a proyectar el pasado dificultó que se tuvieran en cuenta a tiempo las novedades que distinguen a esta crisis de las anteriores: la internacionalización de las economías, a nivel global y europeo, la «vorágine» generada por los nuevos productos financieros, y la posibilidad de un estrangulamiento del crédito: «Sí hay algo nuevo, hemos aprendido que los mercados se pueden quedar sin liquidez, cosa que no pensábamos que pudiese pasar».

Tampoco ayuda a reforzar la capacidad de previsión y de alerta de los economistas el carácter gregario que adopta la profesión a la hora de analizar la coyuntura y emitir previsiones. La prudencia aconseja al analista no alejarse demasiado de las tendencias de consenso en su campo: «Las decisiones de la empresa para la que trabaja el economista no van a seguir sólo sus predicciones, sino las del consenso de los economistas. Si le dices a la empresa que España va a quebrar, te van a decir “¿y qué dicen los demás?”, no te van a escuchar porque las decisiones que hay que tomar son muy duras». O: «El individuo que está trabajando en el servicio de estudios de un banco

y le salen predicciones muy negativas no quiere enfrentarse a ellas solo, porque entonces le echan por loco. Tiene un comportamiento cauteloso con su trabajo: salirse mucho de la media tiene un precio, un coste muy alto, sobre todo en los momentos de cambio de ciclo. Al que adopta una posición contraria, el sistema lo expulsa. En la academia tienes menos intereses creados y una posición más estable y puedes ser más independiente». Uno de los entrevistados, por su parte, ve también incentivos en este efecto gregario de la profesión para desmarcarse, distinguiendo entre los analistas «dos comportamientos: el que se suma a la mayoría para no equivocarse solo, y el que se aleja para desmarcarse y ser de los que lo habían dicho».

La descripción de la profesión de analista económico en términos gregarios, sin embargo, encuentra un matiz interesante en la distinción entre economistas financieros y no financieros, que unos y otros utilizan para acusar al contrario de falta de previsión. Desde su puesto en una entidad financiera, uno de los entrevistados considera que «esta crisis ha tenido un componente financiero muy importante y en la profesión los economistas no tienen un conocimiento profundo de cómo funciona la banca y el sistema financiero. Uno, porque los sistemas financieros no son importantes en los modelos que se estudian en la universidad, y dos, porque para conocerlo bien hay que trabajar en finanzas». Desde el campo contrario, un analista afirma que «cuanto más alejado estaba el economista del mundo financiero, más veía la burbuja. Los otros estaban en la vorágine. La teoría económica no financiera es muy sólida sobre la inestabilidad de los mercados financieros, que exige regulación.

Los departamentos de economía de Estados Unidos estaban en esta línea, de pedir más regulación, pero las *business schools*, más vinculadas al mundo financiero, no».

2.2. La imbricación de la ciencia económica con los intereses económicos y políticos

En las exposiciones de los analistas, las limitaciones que la propia ciencia económica les impone a la hora de prever los cambios de ciclo aparecen reforzadas por su imbricación con los intereses de las empresas y entidades a cuyo servicio están, así como por la complejidad de una arena política en que el gobierno, los partidos y los grupos de presión castigan con dureza las opiniones que no les conviene ver expresadas.

Aunque alguno de los entrevistados afirma que siempre ha tenido margen de libertad para publicar las previsiones que creía más veraces, tanto cuando trabajaba en el sector público como en el privado, varios de los entrevistados expresan con intensidad la tensión que viven en ocasiones entre ser fieles a las conclusiones de sus análisis y adaptarse a la marcha de la entidad que los financia. Según uno de los entrevistados, «hacer de Pepito Grillo, ir en contra de una economía que crece, no es fácil, sobre todo cuando te mueves en una empresa que está creciendo [...] yo lo tenía clarísimo y fuimos muy pesimistas en un informe. Nos sacaron en portada y llegamos a tener problemas internos. La gente es analista pero trabaja en empresas y es difícil enfrentarse a las decisiones que están tomando los gerentes». Según otro de los analistas, «a toro pasado es muy fácil decir “teníais que haberlo

visto venir”». El analista que trabaja en una empresa, los números que pone sobre la mesa tienen mucho más peso que los del que trabaja para una institución académica, porque a partir de ellos se toman decisiones que implican dinero y puestos de trabajo. Como analista te adelantas al mundo y llevas a la empresa a reducir producción y por tanto puestos de trabajo: ¿y si te equivocas?». Este mismo entrevistado se cuestiona explícitamente su responsabilidad a la hora de alertar a la sociedad sobre los riesgos de la situación económica y frenar la inversión inmobiliaria a tiempo: «Pero ¿quién? ¿Quién tiene que frenar? Yo soy economista, pero ¿es mi trabajo decir algo que va en contra de los intereses de la empresa para la que trabajo? ¿Es mi labor alertar a la sociedad?».

Además de al juicio de la dirección de la empresa o la entidad financiera para las que trabajan, los analistas sienten que al publicar sus previsiones toman posición en un escenario sociopolítico complejo, asumiendo responsabilidades y riesgos importantes, particularmente en una situación de presumible inestabilidad macroeconómica. Asumen responsabilidad en cuanto a que «cualquier previsión hecha por una institución importante es una previsión política: conforme eres grande influyes más en la realidad. Hay un problema de endogeneidad. Y quien diga lo contrario miente. Lo importante con las previsiones no es acertar, nuestra función es entender el entorno, porque hay un factor de retroalimentación». Y asumen riesgos en cuanto que «son tantos los intereses creados para que se mantenga la burbuja inmobiliaria que quien lo dice es corrido a gorrazos por todos lo que se benefician de ella».

Trabajando en estas condiciones, varios de los analistas echan en falta un debate público más libre, con más participantes, y sobre todo con más participantes independientes. En palabras de dos de ellos:

«El problema en España es que todo está demasiado politizado, cualquier opinión te la etiquetan, y por eso tener independencia es muy difícil. Las voces como la de FEDEA (el único centro que hace este tipo de intervenciones) son muy escasas y no tienen mucho peso». «Por eso digo que en España se echa en falta la universidad o institutos privados que de verdad digan lo que piensan. Los que hay en España están asociados a partidos y a grupos de presión».

Solo uno de los entrevistados ve con cierto optimismo pluralista el debate público español sobre economía:

«Hay partes interesadas en el debate económico: el gobierno, la patronal, los sindicatos. Pero esto no es malo: se trata de que la actuación conjunta lleve a buen puerto».

La influencia del gobierno en el debate económico pesa sobre la capacidad de los analistas para informar a la sociedad de sus previsiones, en opinión de varios de los entrevistados. Varios mencionan su influencia de pasada («Puedes prever y decir lo que quiere oír el gobierno, porque te viene bien»), y uno acusa directamente a la profesión de falta de coraje político: «Los economistas hemos pecado de falta de valor político [...]. Hemos tenido falta de valor para enfrentarnos al gobierno: porque esta sociedad civil es muy débil y la sombra del gobierno es alargada, porque tenemos empresas muy fuertes en sectores muy regulados, de modo que la mitad de sus cuentas de resultados las hace el gobierno».

2.3. *Los problemas de comunicación*

La mayoría de los analistas económicos opinan que los medios de comunicación contribuyen a construir ese escenario excesivamente politizado, en que resulta arriesgado o simplemente imposible hacer llegar al público una opinión experta sobre la marcha de la economía. Según uno de los entrevistados, «hubo voces» que anunciaron la amenaza de la burbuja inmobiliaria, pero «la prensa en el mundo estaba cautiva del mundo financiero. La prensa española no era nada crítica con la situación. Hubo voces pero la prensa recoge lo que le interesa: *El País* nunca entrevistó a los agoreros. Debate sobre la economía lo hay, pero no trasciende porque los periódicos necesitan que los partidos opinen [más que que opinen los expertos], porque hay fobias en la prensa a determinadas opiniones, y por la mala formación de los periodistas». Otro de los analistas describe así la politización de los medios: «Los periodistas, cada uno va a lo suyo, no se sabe cuál va a ser el titular del día siguiente cuando das la rueda de prensa». Un tercero afirma que los medios «hacen un trabajo no constructivo. Se pasan la vida criticando, pero me gustaría ver periodistas más agresivos, que vayan al argumento, que se mojen y hagan mojar a los economistas. Los economistas no hablan directamente al público sino a través de periodistas y tertulianos que no hacen investigación».

Otros dos entrevistados ven a los periodistas más bien como transmisores de mensajes destinados a confundir (cuando no engañar) al público emitidos por los gobernantes y por los propios economistas. No les ven capaces de contrastar la veracidad de esos

mensajes y de filtrarlos. El primero percibe una gran «heterogeneidad» entre los profesionales de la comunicación, «algunos más especializados, otros muy despistados». Opina que la incapacidad de los medios para preparar al público a escuchar, aprender y juzgar por sí mismo los mensajes económicos refleja la actitud de negación, primero, y de culpar a otros, después, del gobierno: «Con la crisis primero viene una fase de negación (la reacción normal de un político), la pedagogía fue la primera víctima. Luego cuando se acepta la crisis y se empiezan a adoptar decisiones el ciudadano lo que pensaba es que las imponen los mercados internacionales». El segundo responsabiliza de la mala información económica, más que a los periodistas, a los propios economistas: «Los periodistas tienen que escribir todos los días, y los que sabemos no les hemos echado una mano nunca, ha habido una falta de *engagement* por nuestra parte, o les hemos querido engañar, porque hay toda una industria de directores de comunicación de las entidades [que presentan la mejor cara de las mismas sin ser necesariamente la más verdadera]». Considera sin embargo que «la prensa económica ha mejorado con la crisis».

La opinión de los practicantes sobre los periodistas que informan sobre economía se basa sobre todo en la televisión y en la radio, nadie menciona la prensa económica. En el primer grupo uno de los participantes carga mucho las tintas contra los periodistas y los tertulianos diciendo que «no tienen ni [...] idea», «no se han leído un libro» y «hablan de lo que les suena de haberse leído un poco *El País* o *El Mundo*». Nadie expresa una opinión discordante con ésta. El segundo grupo emprende una conversa-

ción mucho más matizada, que no salva la calidad del trabajo de los periodistas, pero tiende a excusarla. Quedan de acuerdo en que los medios de comunicación en general están excesivamente influenciados por intereses empresariales y partidistas, pero esto no les lleva a descartarlos sino a afirmar que hay que contrastar unos con otros y con otros foros («porque algo se aprende»). Por otro lado, justifican el escaso contenido sustantivo de las tertulias y los debates económicos afirmando que la función de los periodistas no es necesariamente de información sino de «espectáculo»: «Preparan un teatrillo ahí, donde se dan golpes unos a otros, con un guión que se repite de programa en programa, y eso yo creo que más que dar información, casi es al revés» (L), y «emiten juicios de opinión sin mucha información [...] porque realmente no están buscando darte información, sino arrancar expectación» (I).

Las opiniones de los economistas, tanto analistas como practicantes, en cuanto al papel de los medios en la transmisión y expresión de argumentos expertos en su campo señala a un serio problema de comunicación. Si bien parece que en la previsión de la crisis los analistas «han hablado poco» y los practicantes «han escuchado poco», también parece que los periodistas han introducido ruido y sesgado políticamente el proceso de comunicación entre ellos.

Buena prueba de la escasa proyección de los mensajes de los expertos en economía es la poca atención que los practicantes prestan a sus argumentos, y la apreciación tan crítica que hacen de sus opiniones. Preguntados sobre a quién recomendarían como persona fiable en sus opi-

niones sobre la marcha de la economía, en el primer grupo de discusión se produjo, sobre todo, un gran silencio, y una negación de que exista tal persona; en el segundo, sin embargo, entre críticas, sí se compuso una lista de nombres de referencia, aunque solo uno (Mario Conde) mereció el de varios de los participantes. En conjunto, de los catorce economistas reunidos en los grupos de discusión sólo cuatro se animaron a participar de una conversación sobre los expertos y formadores de opinión en su campo, y sólo tres ofrecieron nombres. Tal vez reforzadas por la falta de apoyo encontrada en el grupo a los candidatos propuestos como «economistas fiables», arreciaron las críticas según las cuales las opiniones de los expertos responderían a intereses políticos y económicos, y reflejarían conocimientos superficiales y motivaciones profesionales oportunistas:

«E: Yo veo mucha demagogia [...]. Por ejemplo, ahora no hay ninguna idea, no veo a nadie que dé una idea hacia dónde podemos tirar, nadie [...]. Pero ¿quién ha hablado de adónde, qué debemos hacer? ¿Qué debemos exportar? ¿Qué debemos producir? ¿Con qué debemos competir? Nadie por ahora lo ha dicho, porque nadie lo conoce».

«J: Yo creo que es muy fácil hacer análisis a toro pasado. Ahora es muy fácil analizar la crisis y hay muchos manuales, pero tres años después. En aquel momento algunos a lo mejor iluminados lo podían haber visto venir, pero estaban todos en el fregado. Es decir, luego ahora no hay cosa más inútil que ver a un montón de altos y grandísimos economistas discutiendo, que no se ponen de acuerdo. Y yo creo que nadie tiene ni [...] idea, es decir, esto es lo de siempre, todos se llenan la boca pero en la práctica nadie sabe nada. Es decir, a toro pasado empiezan a hacer análisis, que esos los puede hacer cualquiera».

«J: Ya bueno, yo no hago más que ver libros en la mesa de novedades: *¿Cómo salir de la crisis?, Lo que hay que hacer, Las diez medidas urgentes*, no sé qué...

I: Pero eso es como lo de adelgazar [...]. Es que está de moda».

III. LAS VOCES NO SE ESCUCHARON, PORQUE ESTÁBAMOS DE FIESTA

Hemos visto que a lo largo de las entrevistas cada uno de los analistas afirma que él, individualmente, alertó de los riesgos de la burbuja inmobiliaria, pero también que, en conjunto, la voz de los economistas no fue suficientemente audible en el debate público. Además, coinciden en que el público en general, el gobierno y las organizaciones de la sociedad civil, en particular empresas y entidades financieras, no quisieron escuchar esas voces. Estaban ocupados celebrando una gran fiesta: esta es la metáfora compartida por la mayoría de los analistas, y por una parte de los practicantes, la de una gran borrachera colectiva, durante la cual nadie escucha al aguafiestas que anuncia la resaca del día siguiente. En este sentido, los economistas tienden a asignar culpas en cuanto a la generación de la crisis actual a todos los agentes económicos, pero también señalan en particular a los bancos, el gobierno y las empresas inmobiliarias como especialmente responsables de lo ocurrido.

Todos los analistas utilizan para explicar los comportamientos irresponsables que generaron y prolongaron en el tiempo la burbuja inmobiliaria la metáfora de una borrachera. Interpretan su papel en esa situación como el del «aguafiestas», el «agorero» que pretende quitarle la copa y recordarle que tiene que condu-

cir, o que al día siguiente le dolerá la cabeza, a quien «bebe más y más» y está disfrutando del momento. Esta dinámica colectiva explica, según ellos, por qué sus advertencias fueron ignoradas:

«En época de bonanza es muy difícil poner medidas restrictivas. El ciclo político entorpece el ciclo económico. A la gente (al empresario) no le gusta que le agüen la fiesta. No se escuchó, y no eran voces mayoritarias».

«Hay una tensión entre la profesión económica y la sociedad en general y la política en particular, independientemente de quién gobierne. En medio de la fiesta es difícil que alguien haga caso a los economistas agoreros, en una economía que vive en base al endeudamiento, que se utiliza para financiar demanda agregada pero no un cambio en la oferta, en la capacidad productiva».

Otras dos metáforas que aparecen en las entrevistas y resultan muy ilustrativas comparan el comportamiento de empresarios y consumidores, y gobernantes, por un lado, con los de los pacientes que van al médico y no quieren escuchar explicaciones muy complicadas, ni malos diagnósticos, y luego no aplican el tratamiento con rigor; y, por otro, con el de los jugadores:

«Es un problema de inconsistencia temporal: lo que te conviene a corto plazo no te conviene a largo plazo. Es como si estás jugando a la ruleta y vas ganando y dices: "Ya estoy forrado, ¿paro o sigo un poco y me arriesgo a perder lo que ya tengo?, pero también puedo forrarme un poco más". Es una cuestión de estimación del riesgo: ¿cuándo paro de jugar?».

Por su parte, los practicantes reunidos en uno de los grupos construyen una conversación muy iluminadora sobre cómo no escucharon las escasas voces de alerta y no actuaron en conse-

cuencia. En medio de la fiesta dejaron de lado la posible preocupación que esas advertencias de los expertos generase, con la esperanza de que el problema tardase en llegar, no les afectase directamente o no fuese muy grave. Según uno de los participantes (C), «sí que lo veíamos, que si tal, *boom* inmobiliario, la crisis..., yo creo que hasta que tú no lo vives en primera persona dices: "Bueno esto es cosa de ahí fuera"». Otros cinco de los miembros de la mesa recuerdan «una conversación lejana» que anunciaba «que viene el lobo»:

D: Y no se rumoreaba, o sea, nadie estaba... la gente no decía: "Esto va a petar".

G: Se rumoreaba, hacía mogollón que se rumoreaba.

B: Se pensaba.

E: "Esto algún día tiene que parar".

D: Pero claro, yo, para mí, es una conversación lejana.

G: Años.

E: Años sí.

G: Pero "¡que viene el lobo!, ¡que viene el lobo!". Y no haces caso hasta que llega.

F: Sí pero "¡que viene!, ¡que viene!". "A mí no me va a coger", pero...

G: Claro, hasta que llega.

D: Sí, entonces cada uno sigue y trata de buscar...

F: Pero claro, a ti no te va a coger, pero va a coger a otros de abajo que no les podías pagar, esos de abajo, y un día te quedas tú [...] al descubierto».

Este tipo de interpretación de la historia de la burbuja inmobiliaria permite a los economistas distribuir las culpas de la crisis muy ampliamente, diluyéndolas.

Los analistas dicen que no fueron escuchados, y los practicantes, que se vieron envueltos en «la vorágine», como profesionales y como consumidores. Gobiernos, empresas, entidades financieras y consumidores participaron de la espiral del endeudamiento, resistiéndose a percibir los riesgos y, una vez percibidos, a actuar en consecuencia. Todos fuimos culpables, pero banqueros y gobernantes, más.

Uno de los analistas entrevistados enumera los componentes de la burbuja, asignando indirectamente responsabilidades:

«La crisis se anticipó, aunque hubo quienes lo negaron (y no seré yo quien lo critique). El error principal fue decir que esta crisis venía de fuera; además de la crisis de fuera había un problema dentro, cuatro burbujas:

1) la burbuja inmobiliaria, asociada a:

2) la burbuja del sector bancario: había una demanda infinita de crédito, y liquidez a nivel mundial para que los bancos españoles financiaran los créditos que concedían;

3) la burbuja del consumo y el endeudamiento privado: todos pedíamos créditos contra el valor de la casa para el coche, las vacaciones, puesto que todos teníamos casa y trabajo;

4) la burbuja de los ingresos públicos, sobre todo en los ayuntamientos, ingresos enormes por el IBI y la construcción, por la transformación del terreno rústico en terreno urbano».

Otros tres de sus colegas de profesión expresan que «la culpa es de todos y de nadie»:

«Ahora según la prensa el problema de España son “los mercados”, sin reconocer que todos nos hemos endeudado en demasía: empresas, particulares, bancos, gobiernos. Curiosamente, el gobierno el que menos,

aunque también ha entrado en la locura de no vivir en la realidad, y se ha permitido lujos carísimos generadores de deuda».

«Hemos cometido errores todos, es un problema estructural y no coyuntural».

«La burbuja no estalló antes porque es como un globo: tú soplas y dices: “Ya está hinchado”, pero soplas un poquito más y todavía cabe, y un poquito más, y la explosión siempre te pillas por sorpresa. Había tipos de interés muy bajos. La culpa es de todos y de nadie: había mucha confianza, y endeudamiento desorbitado. El partido actual en el gobierno [el PSOE] y el anterior [el PP] decían que todo estaba bien. No es un problema de que no se anticipara, sino de que, aun anticipándolo, estalla».

Los practicantes también reparten las responsabilidades entre los consumidores, en su afán por tener casas en propiedad; los bancos, en su laxitud a la hora de conceder hipotecas; el regulador, en su dejación de funciones, y las administraciones públicas, en su confianza en los ingresos derivados del *boom* inmobiliario a la hora de endeudarse:

«I: Pero porque era el mundo de la especulación. Todo el mundo creía que podía hacer dinero a corto plazo...»

N: ¡Y venga un piso; cien millones de pesetas y venga...!»

I: Y luego evidentemente la culpa absoluta de todo eso la tienen los departamentos centrales de riesgos de los bancos. No puedes dar a un señor que no tiene ni radicalidad, digamos, en España, porque ha venido hace tres años y no tiene ni a la familia aquí [...]. ¿Cómo le vas a dar un crédito a un tío que tiene un riesgo de fuga de narices? Que es que a los tres años se larga y no deja nada [...].

J: Sí bueno, el de más abajo también tiene su parte de culpa, aunque sea

el pobre pardillo que firma la hipoteca... luego tiene que llamar a Los Indignados para abortar el desahucio, porque claro.

I: Pero que son las Cajas, son las Cajas y sobre todo el organismo que lo regula que es el Banco Central...

N: Central Europeo, para mí..., y lo mide todo.

I: El banco central de España, porque el europeo vamos, si llega a saber lo que está pasando aquí ya nos había metido un paquete hace tiempo, porque claro aquí hemos tapado de todo [...]. Piensa que muchas veces los planes urbanísticos son planes hacia delante, es decir, ven la estructura del país, dicen: “Si no damos rienda a esto nos anclamos antes”. ¿Sabes? “Entonces suelta el suelo para que siga el negocio”. Pero el banco central es el que tiene que decir: “Vamos a ver una cosa, operadores que hay aquí, ¿con qué criterios se está ahora tocando el riesgo?” [...].

I: Si tú valoras los activos por encima de lo que valen, estás muerto, y aquí ha pasado, ha pasado. Yo me acuerdo que cuando yo empecé a trabajar en este negocio se daba como mucho el 60 por 100 del valor de un inmueble y estaban tasados, vamos, que tenía que venir casi la guardia civil para tasarte el inmueble [...]. Los bancos no te daban solamente el 100 por 100 de los 450.000, te decían: “¿Te quieres comprar un coche? ¿Y no querrás amueblar la casa? ¿Y tu hijo no va a ir a Estados Unidos? ¡Venga hombre: 110!”. 110 por 100 sobre el valor de algo que está sobrepreciado en un 30, pues fíjate, así de golpe.

J: Pero el pardillo que firmaba la hipoteca también tiene su parte de culpa ¿eh? Es decir, no puedes pretender vivir por encima de tus posibilidades [...] hombre, también tienes que saber dónde te metes».

Preguntándoles cómo, en las empresas y los bancos, las personas que estaban tomando las decisiones se arriesgaron tanto a

pesar de las advertencias, al menos tres de ellos asumen la responsabilidad y responden en primera persona, para decir que no se esperaban una crisis de tal calibre:

«B: Es que nadie, es que jamás pensé yo que iba a haber esto, yo jamás lo pensé.

D: Pensaban que eso no iba a terminar nunca, yo creo que eso no lo pensaba nadie...

G: Yo tan profundo no, ni tan duradera.

D: Porque también hemos vivido otras épocas de crisis [...].

F: Yo pensé que no era tanto».

De los grupos de discusión se extrae la impresión de que los consumidores y los empresarios de la construcción son descritos con cierta condescendencia («tu vecino que no se ha comido un solomillo en su vida y tiene dos casas en la playa», «cualquier tarugo metido a constructor»), mientras que los discursos sobre los banqueros y los gobernantes acumulan mayor rencor («la banca pecó de manga ancha, y luego se reparten el dinero», «la mala gestión política ha durado siete años de Zapatero y ocho del PP»). También los analistas cargan las tintas contra lo que alguno define como insensatez de los bancos y cajas, y la falta de control del Banco de España, arropados por el «España va bien» de los políticos.

Varios de los analistas acusan al Banco de España de no ejercer suficientemente su responsabilidad como supervisor del sistema financiero, cuando por ejemplo, según uno de ellos, decía a las cajas de ahorros «en febrero de 2007: “Tranquilos, por los criterios de solvencia del Banco po-

deís estar tranquilos ante el aumento del endeudamiento”». Según otro, «el Banco de España ha pecado de imprevisión, de ignorancia, porque se veía venir que la crisis inmobiliaria se iba a llevar por delante la mitad del sistema bancario. Es sabido que las burbujas inmobiliarias se llevan por delante los sistemas bancarios, ya ha pasado antes». Un tercero, en su enumeración de las medidas que convendría haber tomado para evitar una crisis tan profunda, incluye el hecho de que «las provisiones dinámicas del Banco de España podían haber sido más estrictas. Hubo una infravaloración del riesgo». Y un cuarto expresa así una opinión compartida por varios: «El Banco de España tenía que haber cerrado las entidades ineficientes de manera ordenada y pronto».

Alguno de los analistas, no vinculado a las entidades financieras, expresa su estupor ante el nivel de riesgo asumido por los bancos, en comparación con las empresas: «Más me extraña los bancos, cómo se endeudaron: en siete años se multiplicaron por siete los fondos ajenos distintos de los depósitos. Fueron terriblemente insensatos. La profesionalidad de la gestión por parte del sistema bancario no era muy alta. Aunque en comparación con Irlanda o Islandia fuimos sensatos». Otro, que trabaja para una entidad financiera, resalta la «heterogeneidad» entre los bancos: «Los *stress test* han puesto de manifiesto que el problema de la capitalización afecta a un tercio del sistema. La exposición al sector inmobiliario va desde un tercio hasta un 5 por 100 en unas entidades y otras [...]. Hubo muchas empresas de construcción y bancos que diversificaron para evitar que la crisis inmobiliaria se los llevase por delante». Tras el anuncio del «rescate a Es-

paña» en junio de 2012, uno de los analistas anticipa penas de cárcel, porque en la banca «hay culpables de derecho penal, culpables de derecho civil y culpables de fallos de gestión. Después hay que mirar hacia delante».

Los grupos de practicantes y los analistas muestran un acuerdo muy amplio en acusar al gobierno socialista de no haber reaccionado con suficiente premura y decisión ante las primeras señales de crisis, con tal de prolongar todo lo posible la «borrachera», con cargo a unos ingresos derivados del mercado de la vivienda que no podían durar. Varios analistas culpan tanto al gobierno del PSOE como al anterior del PP de haberse entregado a declaraciones de celebración del éxito económico español, arropados por las organizaciones internacionales que centraban sus comentarios en el rápido crecimiento de la economía española, sin tener en cuenta los déficits y desequilibrios de fondo que se estaban acumulando en su desarrollo. Varios consideran insuficientes las reformas realizadas por ambos partidos en sus períodos de gobierno. Muy en serio en boca de un analista, en julio de 2011, el gobierno es acusado de ocultar la verdad: «Soy pesimista sobre este país ahora mismo. Todavía no se ha contado la verdad a la población».

IV. A LA MAÑANA SIGUIENTE

En estas páginas he explorado la percepción de los economistas de su capacidad y disposición a la hora de alertar a la sociedad española de los riesgos de la marcha de la economía a mediados de los años 2000. He recogido sus discursos al respecto, mediante conversaciones pausadas y muy abiertas, procurando ofrecer

una interpretación fiel al sentido que dan a sus palabras. He pretendido, con las preguntas planteadas en entrevistas individuales y de grupo, situar la voz de estos profesionales en el marco de un debate internacional sobre su función en unas sociedades occidentales inmersas en crisis económicas profundas y prolongadas, y de un clima de opinión marcadamente pesimista, particularmente en España, sobre la marcha de la economía, y desconfiado respecto de la capacidad de los expertos y los políticos para enderezarla.

Las respuestas de los economistas dedicados al análisis de coyuntura ponen a salvo su responsabilidad individual en el momento de publicar previsiones anunciando el riesgo de un cambio de ciclo económico en España, pero reconocen que sus advertencias fueron insuficientes para influir en los comportamientos de los agentes. Se oyeron voces de alerta desde la profesión antes de la crisis, pero escasas y tenues. A posteriori, achacan este aparente fracaso de previsión, en primer lugar, a la tendencia de la ciencia económica a limitarse a proyectar hacia el futuro la experiencia pasada y presente en sus predicciones. En segundo lugar, explican que quienes las emiten tienen incentivos para adaptarse a los intereses del momento de las empresas y entidades financieras para las que trabajan, y a las previsiones de consenso de otros analistas; o, si se dedican a la docencia y la investigación académicas, tienden a perder el interés por la coyuntura económica. En tercer lugar, se duelen de cómo las opiniones expertas se ven estigmatizadas y silenciadas en un debate público español constreñido por la influencia de los partidos políticos y los grupos de interés en unos profesionales

de la comunicación poco formados en economía y excesivamente politizados.

Los analistas cuentan que sus advertencias, además, apenas fueron escuchadas por unos políticos, unos agentes económicos y un público entregados a una gran fiesta. En el relato de los economistas, tanto analistas como practicantes, se dibuja algo así como un ejercicio de irresponsabilidad colectiva: una gran borrachera es la metáfora más repetida. Los analistas se identifican con el aguafiestas, el agorero, que advierte de la resaca del día siguiente pero nadie le escucha, ignorado por todos, si no censurado. Los practicantes se describen como arrastrados por la vorágine, semiconscientes del riesgo pero confiando en que el daño no terminase de llegar, se retrasase o no les afectase a ellos en particular. Unos y otros diluyen las culpas repartiéndolas entre políticos, banqueros, empresarios, periodistas y consumidores, y asumen su parte, pero consideran más responsables de la crisis a los dos primeros, los que, más claramente para los practicantes, alimentaron los vientos que arrastraron al resto.

Conviene tener presente que estas conclusiones no son sino el resultado de conversaciones con dos decenas de economistas, cuyo número convendría ampliar y cuya orientación convendría diversificar para ofrecer un panorama más completo de su opinión. Pero reflejan un esfuerzo de reflexividad sobre la función de la profesión en la sociedad, en un momento en que está cuestionada en un debate público y un clima de opinión dominados por la preocupación por la profundidad y duración de la crisis económica; así como un esfuerzo de comprensión y aprendizaje

de la experiencia de la misma, que quisiera agradecer, y a los que quisiera contribuir, modestamente, con estas páginas.

NOTAS

(*) Este artículo recoge una parte de los resultados del proyecto titulado «Conversaciones con economistas» y financiado por FUN-CAS en 2011.

(1) Conviene tener en cuenta el clima de opinión reinante en 2010-2012. Las encuestas muestran que los españoles eran más pesimistas sobre la situación económica de su país que el resto de los europeos, estaban especialmente informados y preocupados en cuanto al problema del desempleo, y pocos confiaban en la capacidad de los economistas para orientar las políticas que sacasen al país de la crisis y en la importancia de los datos económicos a la hora de orientar las decisiones de los políticos (véanse EUROSTAT, 2009 y 2010; PÉREZ-DÍAZ y RODRÍGUEZ, 2010, PÉREZ-DÍAZ *et al.*, 2012: CIS, 2010-2012).

(2) Para recopilaciones más detalladas de la opinión de economistas de renombre pueden consultarse publicaciones recientes como FEDEA (2011) o VELARDE (2011).

(3) La entrevista con Jordi Gual tuvo lugar un año más tarde, en junio de 2012.

(4) Los discursos de los practicantes se reflejan con toda exactitud porque las discusiones de grupo fueron grabadas y transcritas. Los de los analistas fueron reconstruidos a partir de notas tomadas durante las entrevistas, muy extensas y detalladas, pero nunca tan precisas como una grabación.

(5) La dificultad de las previsiones en momentos de cambio de ciclo queda clara en las cifras: la desviación respecto de la media de las previsiones de incremento anual del PIB realizadas para el período 2000 y 2006, con un año de antelación, por las diecisiete instituciones miembros del Panel de Coyuntura, ronda medio punto porcentual. Pero si bien en estos años previos a la crisis las estimaciones de los diferentes analistas se aglomeran en torno a la media de todas las previsiones (el denominado «valor de consenso»), las realizadas para los años 2007-2009, en el inicio de la crisis, se distancian más entre sí, alcanzando casi seis puntos de desviación respecto del valor de consenso las estimaciones realizadas en primavera de 2008 para 2009.

BIBLIOGRAFÍA

BAKER, D. (2009), «Why Economists Should Learn Arithmetics», en www.counterpunch.org/baker05052009.html, 5 de mayo.

<p>BRANDLY, M. (2009), «Should People Just Ignore Economists?», en mises.org/story/3436, 5 de mayo.</p> <p>BUCHANAN, J.M. (2009), «Economists Have No Clothes», <i>Rationality, Markets & Morals</i>, 0: 151-156.</p> <p>CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS (CIS), Barómetros de 2010-2012, en http://www.cis.es/cis/opencm/ES/11_barometros/index.jsp.</p> <p>COLANDER, D., et al. (2009), «The Financial Crisis and the Systemic Failure of Academic Economics». Discussion Papers, Department of Economics, University of Copenhagen, 09-03, en www.econ.ku.dk.</p> <p>COY, P. (2009), «What Good are Economists Anyway?», <i>Business Week</i>, 27 de abril.</p> <p>EUROSTAT (2009), Eurobarómetro Especial sobre «European's Knowledge of Economic Indicators», en http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/ebs/ebs_323_en.pdf.</p>	<p>— (2010), Eurobarómetro «Europeans and the Crisis», n.º 74.1, en http://ec.europa.eu/public_opinion/topics/eb741parl_en.pdf.</p> <p>FEDEA (Ed.) (2011), <i>Testigos: 25 años de economía española</i>, Fedea, Madrid.</p> <p>KAHNEMAN, D., y CLIFT, J. (2009), «Questioning a Chastened Priesthood», <i>Finance & Economics</i>, septiembre.</p> <p>KALETSKY, A. (2009), «Goodbye, homo economicus», <i>Prospect Magazine</i>, 157, abril, en http://www.prospectmagazine.co.uk/2009/04/goodbyehomoeconomicus/.</p> <p>KNOWLEDGE@WARTON (2009), «Why Economists Failed to Predict the Financial Crisis», en knowledge.wharton.upenn.edu/article.cfm?articleid=2234, 13 de mayo.</p> <p>LUCAS, G. (2009), «In Defence of the Dismal Science», <i>The Economist</i>, 6 de agosto.</p> <p>PÉREZ-DÍAZ, V., y RODRÍGUEZ, J.C. (2010), <i>Alerta y desconfiada: la sociedad española ante la crisis</i>, Funcas, Madrid.</p>	<p>PÉREZ-DÍAZ, V.; MEZO, J., y RODRÍGUEZ, J.C. (2012), <i>La crisis y las autonomías: la sociedad española ante la crisis económica y el sistema de las autonomías</i>, Funcas, Madrid.</p> <p>RAJAN, R. (2011), «Why Did Economists not Foresee the Crisis?», en www.project-syndicate.org/commentary/rajan14/English, 7 de febrero.</p> <p>SAINT-PAUL, G. (2009), «A 'Modest' Intellectual Discipline», en www.voxeu.org/index.php?q=node/3996, 19 de septiembre.</p> <p>SHILLER, R.J. (2011), «A People's Economics», en www.project-syndicate.org/commentary/shiller75/English, 20 de enero.</p> <p>SKIDELSKI, R. (2009), «The Treason of Economists», en www.project-syndicate.org/commentary/skidelski16/English.</p> <p>VELARDE, J. (Coord.) (2011), <i>Lo que hay que hacer con urgencia</i>, Actas, Madrid.</p>
--	---	---

ANEXO

LOS ANALISTAS

Entrevistas en profundidad, realizadas en Madrid, en julio de 2011.

MANUEL BALMASEDA, Economista jefe de CEMEX.

JOSÉ RAMÓN DÍEZ GUIJARRO, Director del Servicio de Estudios de Bankia y Profesor de Entorno Económico y Análisis de Países del IE Business School.

RAFAEL DOMÉNECH, Economista jefe de España y Europa del Servicio de Estudios del BBVA.

FERNANDO FERNÁNDEZ MÉNDEZ DE ANDES, Profesor de Economía, IE Business School.

JORDI GUAL, Director de Estudios y Análisis Económico, La Caixa (entrevistado en junio de 2012).

ÁNGEL LABORDA, Director de Coyuntura y Estadística, Fundación de las Cajas de Ahorros.

FEDERICO PRADES, Director del Servicio de Estudios de la Asociación Española de Banca.

CARLOS SEBASTIÁN, Catedrático de Fundamentos de Análisis Económico UCM.

LOS PRACTICANTES

Grupos de discusión, realizados en Madrid, en julio de 2011.

Primer grupo

- A: Mujer, 36 años, sector del textil
- B: Hombre, 42 años, sector inmobiliario
- C: Mujer, 38 años, sector de transporte y almacenaje
- D: Mujer, 50 años, sector bancario
- E: Hombre, 41 años, sector de consultoría financiera
- F: Hombre, 36 años, sector de la construcción
- G: Mujer, 48 años, sector del comercio

Segundo grupo

- H: Mujer, 41 años, sector de la construcción
- I: Hombre, 42 años, sector bancario
- J: Hombre, 50 años, sector bancario
- K: Mujer, 34 años, sector de la construcción
- L: Hombre, 41 años, sector de consultoría financiera
- M: Hombre, 36 años, sector del automóvil
- N: Mujer, 52 años, sector del comercio